

	<p>VIERNES SANTO</p> <p>SALVACIÓN Y REDENCIÓN</p> <p>Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
---	--

Es estremecedor el regreso a las peores concepciones del Antiguo testamento que representa esta imagen. Creo que el pasaje más llamativo de esta mentalidad está en el sacrificio de Noé al salir del arca después del diluvio: ofrece el holocausto de una víctima y, al aspirar Yahvé el calmante aroma del sacrificio, se calma su ira contra la humanidad. Y esas expresiones (“el calmante aroma” – “la ira de Yahvé”) se repiten innumerables veces. Parece como si algunos entendieran así la muerte en cruz de Jesús: Dios, al aspirar por sus narices el calmante aroma de la sangre de Jesús, cambia de actitud respecto a los humanos, y se vuelve dispuesto a perdonarles, con tal que pidan perdón y se conviertan, naturalmente. Así que el Padre cobra por perdonar; el Padre exige la sangre de su Primogénito para perdonar a los demás. Este espanto no ha espantado a muchos en la iglesia a través de los siglos... porque se les había olvidado lo que significa Abbá, y pensaban sólo en la primera Persona de la Tríada Celeste.

La parábola de la redención, sin embargo, puede servir. Redimir significó originalmente rescatar una deuda dejando una prenda, y muy especialmente rescatar a un esclavo dejando asimismo una prenda – dinero o persona -. El modelo más cercano que nosotros tenemos es el de los frailes que se dedicaban a la redención de cautivos cristianos prisioneros de los musulmanes, que a veces se quedaban ellos mismos como esclavos para que un cautivo recobrase la libertad. Según esta imagen, el Padre rescata a sus hijos dejando como prenda a su Primogénito. Es precioso, pero ¿quién es el esclavizador?: el pecado, que a todos nos tiene esclavizados. Así, Abbá es el que nos libera, y no vacila en entregar a su propio hijo para lograrlo.

Es precioso, pero tiene peligros, demasiados peligros. De hecho, casi toda la doctrina de la iglesia lo ha entendido al revés: “Cristo pagó al eterno Padre la deuda de Adán”. Pues no: aparte que Adán no existió, es otra bella “parábola”, a Abbá no hay que pagarle nada. El único significado aceptable de esta expresión parabólica es “El Padre nos amó tanto que entregó a su mismo Hijo para que tuviéramos vida”. (Juan 3,16), o, en hermosa expresión del Pregón Pascual: “para rescatar al esclavo, entregaste al hijo”. (Aunque la expresión “esclavo” hay que entenderla también como metáfora). Demasiado complicado, demasiados peligros.

Jesús no es un salvador porque muere de manera sangrienta. Si no hubiera muerto en la cruz seguiría siendo el salvador. No es la muerte de Jesús aislada de su vida entera lo que salva. Es la vida entera, el mensaje, las acciones, todo eso es para la salvación, para la salud. Jesús salva porque nos cura de las dos enfermedades básicas: la ceguera y la debilidad, porque puede librarnos de nuestros demonios. Y no lo hace rompiendo un documento de esclavitud ni mucho menos pagando al Padre (¿¿¿???) una deuda que sólo un dios podría pagar, sino ofreciendo luz y alimento, dando posibilidades reales de curación.

Jesús quita el pecado, saca del pecado, quiere decir que el que cree en Jesús tiene motivos y fuerza para ir venciendo sus demonios, se ve empujado a crecer, encuentra por una parte criterios y valores y por otra energías para realizarlos, es decir, para crecer, para realizarse, para no resignarse a sus pecados. Me gusta mucho una expresión de Ignacio de Loyola, que pedía a Dios “aborrecimiento de sus pecados”. Magnífica expresión, porque nuestros pecados son guapos, nos gustan, hasta alardeamos de ellos... y nos destruyen.

Todo esto tiene una fuente semejante a la que anteriormente señalábamos: la recuperación de temas del Antiguo testamento como si se pudieran aplicar sin más a Jesús. En este caso se trata del tema del sacrificio. Como tantos pueblos antiguos, Israel ofrecía sacrificios, inmolaba víctimas, entre otras cosas para pedir perdón por los pecados. Esto se aplicó a Jesús, y así se entendió la cruz: la víctima que derrama su sangre para aplacar a Dios. Pero en el sacrificio antiguo la víctima sustituía de alguna manera al pecador, y así, Jesús nos sustituye a nosotros, paga por nosotros. Esto recibe el nombre de “sacrificio propiciatorio vicario” y la muerte en cruz de Jesús se entiende como “propiciatoria y vicaria” es decir, para calmar la ira de Dios y sustituyéndonos a nosotros. Pues no, si aplicamos “sacrificio” a Jesús lo tenemos que aplicar a su vida entera, llamando sacrificio a su entrega incondicional y plena a su misión. Y “por nosotros” nunca puede significar “en vez de nosotros”. Decir que Jesús murió en la cruz porque así lo exigió la justicia de Dios, y que se ofreció como víctima en vez de nosotros no son más delirios de teologías que han olvidado a Abbá y a la humanidad verdadera de Jesús. De todo esto tendremos que hablar cuando tratemos de la eucaristía.

Hay algo más. Algunas personas reciben el mensaje de Dios-Abbá y Jesús-Salvador con insensato alivio: ¡ya no importan los pecados! ¡ya no importa que soy pecador! ¡mi Abbá lo perdona todo, ya puedo pecar sin miedo! Se parecen a los que están orgullosos de que en su ciudad está el mejor hospital y los mejores médicos, pero sigue comiendo toda clase de excesos, se hincha de grasas, fuma, bebe, consume drogas ... y se va matando, tranquilo, a las puertas del mejor hospital.

Jesús nos salva de los pecados porque cura y porque nos desculpabiliza. No eres culpable, pero sí estás enfermo, y los pecados matan. Lo que mata a la persona y a la humanidad es la envidia, el deseo de poder, el desenfreno en el poseer y en el consumir, el espíritu de venganza... los pecados, que matan al individuo y a la comunidad humana. Y Jesús lo sabe muy bien: por eso es capaz hasta de dar la vida para vencer a esos terribles demonios que nos poseen. Jesús nos desculpabiliza, pero no trivializa los pecados. No eres culpable, no temas a Dios. Pero sí estás enfermo, acude a Dios, que es el Médico Todopoderoso.